

Arte, espiritualidad y belleza

La cuestión de si el arte precedió a la religión o la religión al arte sigue suscitando respuestas desiguales, cuando no contrarias. Así las cosas, el prestigioso africanista Leopoldo Sédar Senghor afirma que a poco que fijemos nuestra mirada en cualquier tribu de negros o de polinesios no tardaremos en darnos cuenta de que son espontáneamente artistas. El arte fluye por sus venas con naturalidad. Con la misma asombrosa naturalidad con que fluyen los sentimientos religiosos. Por consiguiente, la supuesta precedencia nunca habría existido. Arte y religión habrían nacido juntas, remitiendo, cada una a su manera, a un mundo que está más allá de sus límites.

En línea de continuidad con el pragmatismo que envuelve la vida moderna, algunos han pronosticado la desaparición del arte. Ateniéndonos a los hechos, podemos asegurar que dicho pronóstico no sólo no se ha cumplido, sino que ha sido rotundamente desmentido por las exposiciones de arte que día tras día se suceden. Dada su importancia, a modo de ejemplo, mencionamos la organizada hace algunos años en Los Angeles bajo el título "Espiritualidad del Arte". Por si alguien tenía dudas, allí quedó claro que arte y religión tienen mucho en común y, además, que una existencia entregada por completo a la técnica es una existencia herida de muerte. Sin arte, la vida humana no sólo sería más basta y lúgubre, sino —y esto es lo grave— menos humana. Liquidar el arte sería monstruoso, ya que equivaldría a liquidar algo específicamente humano.

Renunciando a dar una definición de arte, hay que saber, sin embargo, que artista es aquella persona capaz de provocar placer estético. Y para que ello ocurra, es cuando menos imprescindible que la obra contemplada tenga "vida" o "espíritu". La "vida" o

“espíritu” que el artista le ha infundido. Una catedral gótica, un cuadro de Rembrandt, una coral de Bach no provocarán en todos idénticas reacciones. Pero no por eso dejan de ser reconocidas obras de arte, y sólo los que carecen de un minimum de sensibilidad artística se atreverán a decir que no transmiten mensaje alguno.

Concebir a Dios como artista o artífice primigenio no sólo no es un desvarío, sino que encaja perfectamente con los primeros capítulos de la Biblia, donde aparece llamando a la existencia las cosas. Y si en todas ellas ha dejado su impronta, sobre todo la ha dejado en el hombre, quien, por ser viva imagen del Creador, es mucho más hermoso y bello. Ya conocemos el estropicio causado por el pecado. Pero la obra de Dios, que no podía venirse abajo, es recreada en la persona de Jesucristo y definitivamente sellada con la entrega del Espíritu.

Con razón escribe Urs von Balthasar que el cristianismo no es primariamente conocimiento, sino glorificación del amor. Amor incomprensible y maravilloso que en Jesucristo se ha manifestado también como gloria. En este sentido, al mensaje cristiano va unido la búsqueda de la belleza.

La belleza, decía Dostoievski, salvará el mundo. Y no le faltaba razón. Porque ¿qué hay más bello que un Dios haciéndose hombre, para que, a su vez, el hombre se haga Dios? Después del nacimiento de Jesús, la belleza tiene un nombre; y Juan de la Cruz explicará que la verdadera belleza o hermosura consiste en la perfecta adopción de los hijos de Dios. Con lo cual se declara que amor y hermosura son caminos convergentes. El único y mismo Espíritu de Dios que inflama nuestro corazón con el fuego del amor es quien conduce todas las cosas a Dios, hermosura increada.